

The background of the cover is a dark, textured red and black, resembling a heavy, draped fabric or a dark, stormy sky. In the lower half, a large, ornate, dark blue and black sword with intricate carvings and a curved blade is visible, partially obscured by the fabric. The overall mood is dark and menacing.

DIABLO[®]

IMMORTAL[™]

Encrucijada

UN RELATO DE
RYAN QUINN

Historia

RYAN QUINN

Ilustración

SANGSŦŦ JEŦNG

Redacción

CHLŦE FRABŦNI

Asesoría de historia

MADI BUCKINGHAM E IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa

MAC SMITH Y SEBASTIAN STĘPIEN

Producción

BRIANNE MESSINA Y CARLOS RENTA

Diseño

CŦREY PETERSCHMIDT

Un agradecimiento especial

A ŦTIS BLUM, JUSTIN DYE, SCŦTT SHICŦFF, MATTHEW BERGER Y AL EQUIŦ, ACTUAL Y PASADŦ, DE DIABLŦ IMMŦRTAL POR DESATAR NUEVA SANGRE EN SANTUARIŦ.

© 2023 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados.

BLIZZARD
ENTERTAINMENT

Encrucijada

Era en el ocaso del este de Kingsport dónde cada vez había menos gente. Alodie estaba acostumbrada a la forma repentina en la que la ciudad se volvía más inhóspita, pero no significaba que no le molestara tal familiaridad.

Caminaba por la calle con determinación, aunque esta parecía más un túnel, era un camino estrecho y sin fin en la oscuridad. En ambos lados habían viejas casas de madera, divididas y divididas hasta que ya no podías verlas. Después solo había cobertizos y chozas para los desdichados y los pobres.

Las viviendas de la Avenida Mewels lo ocultaban muy bien desde cualquier lugar, aunque Alodie no podía ver el océano, al menos podía olerlo y escuchar los gritos y maldiciones desde los muelles. La mayoría de las esquinas eran callejones sin salida y en algún lugar que no podía ver, los peces tomaban su último aliento.

Apeataba.

Un lado bueno de los barrios pobres de Kingsport: a nadie le importaba lo que estuvieras haciendo. Siguió a su primo por los adoquines mohosos, manteniendo una buena distancia.

“Apúrate” murmuró Boyce sin mirarla mientras caminaba más rápido, *aún* sin decir a dónde iban.

Boyce era mayor y delgado, sediento de sangre y con una nariz tan grande que sobresalía desde todos los ángulos, su abrigo era lo suficientemente grande para esconder una espada. Alodie tenía su cabello rubio y fino recogido en un moño apretado y se había puesto sus feos guantes, estaban vestidos para llegar a un acuerdo con alguien.

De todas las cosas que hacía por la familia en Kingsport, lo que menos le gustaba era llegar a un acuerdo con la gente.

La parte de la organización era un trabajo estresante, preparar a los cocheros para una entrega, asegurarse de que supieran qué cajas abrir y cuáles no, y con cuánto sobornar al guardia en caso de que los atraparan... Alodie era minuciosa, pero tanto trabajo la dejaba exhausta para el final del día, aunque su paga era decente y a pesar de que los manifiestos de envío no tenían ningún sentido, Alodie se podía ir si terminaba lo más pronto posible. Evitaba el aburrimiento al hacer de sus noches algo más memorable. A inicios de año, Linn y ella se habían emborrachado y escribieron “Limosna” con sangre de vaca en la capota de cuero de uno de los carruajes de la familia.

A la mañana siguiente el carruaje se veía impecable. Nadie fue castigado y nunca lo mencionaron. Alodie se entretuvo durante horas imaginando a la vieja madre de Boyce, la propia matriarca, con la cara desfigurada del enojo y ordenándole a la lavandera que lo limpiara con una sarta de maldiciones.

Linn, había sido por mucho tiempo la única amiga de Alodie. Alodie no sabía exactamente qué las unió en un principio, pero sí sabía lo que las mantenía tan unidas: Linn tenía el alma de un artista. Trabajaba en su tienda a todas horas, pero se aseguraba de que ambas usaran siempre las sedas más finas, Alodie la envidiaba. Al menos Linn no era parte de la familia, no tenía que llegar a un acuerdo con nadie.

Uno solo tenía que llegar a un acuerdo con las peores personas, sanguijuelas.

Primero se endeudaban, luego pedían prestado y después intentaban no pagar.

Y Alodie siempre tenía que negociar con sanguijuelas. Sus primos podían... excederse, ella tenía que establecer las fechas y los montos y calmar los temores de las sanguijuelas mientras los chicos pisoteaban y hacían un desastre. Ayudaba a las sanguijuelas a ayudarse a sí mismos antes de que salieran lastimados. Incluso si la mayoría merecía salir lastimado.

El mero hecho de hacerlo, la necesidad de hacerlo, era vergonzoso. ¿Por qué no podían ser mejores personas?

Boyce guió el camino por Nogarden, daban vueltas cada pocos segundos mientras un entramado de madera y piedra bloqueaba el camino a su alrededor. Alodie no podía ver si alguien los miraba a través de las ventanas sucias, tenía sentido que no las limpiaran. Cosas despreciables pasaban del otro lado.

Alodie estaba perdida y un poco mareada, intentó hablar con Boyce. “¿Quién es la sanguijuela?”

Como era de esperar, Boyce no miró hacia atrás ni hizo caso a su pregunta y desapareció al dar vuelta en una esquina.

Al dar la vuelta, vio a su primo jugueteando con lo que sea que tenía bajo su abrigo. Por fin, Boyce se detuvo frente a la puerta de una pequeña casa adosada de color marrón, una casa que...

Alodie se olvidó de todas las molestias que robaron su atención durante toda la tarde, sintió como si su corazón e intestinos cayeran al suelo y cerró sus puños, presa del pánico.

El letrero de la tienda de Linn se movía y crujía por el viento.

Boyce le sonrió, sus dientes estaban sucios.

“Prepárate, duendecilla”, dijo. “Déjate llevar por tus instintos, esto será rápido”.

Y luego se volteó y abrió la puerta de una patada.



“¿Cómo pudiste ser tan estúpida?” gritó Alodie a su única amiga.

Alodie se alegró de que no pudiera verse a sí misma, sabía como debía

LØ USABAN PARA MANTENERLA A RAYA,
CUANDØ SABÍAN MUY BIEN QUE ELLA PØDÍA
DIRIGIR TØDA LA ØPERACIØN, ASÍ QUE
DIJERØN QUE LE FALTABA EL INSTINTØ DE
UN CAZADØR, EL DE UN ASESINØ.

verse, escupiendo saliva, con las venas de su cuello y frente marcadas y su cara completamente roja, un completo horror.

Ataron a Linn a una silla de su tienda, le ataron las manos detrás de ella y luego la volcaron, presionándola contra el suelo, solo para mantenerla asustada. El lugar ya era un desastre, había un telar en la pared del fondo rodeado de montones de lana y piel de conejo, tiras desiguales de cuero colgando, recipientes de tintes grumosos sobre el único mostrador, paja regada por todo el suelo y el techo era tan bajo y deformado que los inquilinos de arriba podrían caerse encima de ellos.

Al otro lado había yardas de seda fina cuidadosamente doblada en un vestidor abierto.

Alodie apuntó a la seda, una de las entregas de la familia y señaló toda la estancia con su dedo. “Te dimos todo esto, lo único que tenías que hacer era pagar a tiempo”.

Linn no pudo contener sus lágrimas, su cara con forma de manzana se veía aún más pequeña mientras lloraba. Tenía un pañuelo azul y dorado alrededor de su cuello y se había arreglado su corto cabello cobrizo con polvo de rosas y cera que le había robado al curtidor, Alodie estaba segura de eso porque ella le había ayudado a vigilar que nadie las viera.

Linn tenía una expresión de súplica en su cara. *Bien*. Significaba que estaría dispuesta a escucharlos. Alodie puso una mano en la silla, como si estuviera a punto de levantarla. “Si pudieras darnos doscientos en un mes.”

Boyce la interrumpió. “No hagas promesas que no puedas cumplir”. Era y sonaba como un patán.

Inmediatamente, la expresión de Linn se volvió desafiante, tan desafiante como podía verse una chica de cuarenta kilos aplastada contra el suelo.

“Maldito seas, narizón”, escupió. “Espero que los gatos de tu mamá le coman los ojos y que los demonios devoren sus gatos”.

Linn nunca era grosera. Aunque sí tenía un punto: la mamá de Boyce era horrible.

Boyce no dijo nada, solo abrió su abrigo y sacó un martillo de dos cabezas, atravesó con él los frascos de tintes uno por uno, esparciendo vidrio y pasta de color cobalto por toda la tienda, Linn gritó. Alodie se cubrió los ojos cuando el vidrio voló, después se revisó en busca de cortes, pero no sentía nada.

Luego Boyce puso un trapo en la boca de Linn, volteó la silla y se acercó al mostrador con su martillo.

“Basta”, Alodie gritó con fuerza, antes de que Boyce hiciera algo peor.

“¿Y qué gano si me detengo?” dijo Boyce mientras balanceaba su martillo. Las miró a ambas, como si él fuera el problema de las dos.

Alodie miró a Linn: su boca estaba abierta, sus ojos muy grandes y las cejas levantadas, estaba aterrorizada.

“No solo te devolveré el dinero, te dará cien monedas de oro más cuando pague, por las molestias, en un mes, ¿cierto, Linn?”

Linn asintió, en los negocios a esto se le llamaba progreso. Una demostración de fuerza y...

Boyce dio un paso largo y deliberado hacia Alodie, sostenía con fuerza el martillo.

“No creo que aprenda la lección así, creo.” hizo una pausa “No se merece tanta misericordia”.

El corazón de Alodie latía con fuerza, esperaba que nadie pudiera verlo en su cara, ahora tenía que llegar a un acuerdo con ambos.

“De acuerdo” dijo. “Lynn pagará en dos semanas, yo vendré a recoger el dinero y me encargaré de tus manifiestos por un mes”. Una concesión, a veces las concesiones eran buenas, demostraban que respetabas a la otra parte.

“En serio que no tienes los instintos,” Boyce dijo, flexionando sus dedos alrededor del martillo, sonaba casi triste.

Su madre hablaba con agrado sobre los instintos y por lo tanto Boyce también lo hacía, lo usaban para mantenerla a raya, cuando sabían muy bien que ella podía dirigir toda la operación, así que dijeron que le faltaba el instinto de un cazador, el de un asesino.

Pero Alodie los tenía, lo había demostrado.

Hasta cierto punto.

“Creo que si ella va a quitarnos el sustento, nosotros deberíamos quitarle el suyo. Tiene sentido”. Boyce se volteó, levantó el martillo y miró a Linn, aplastada debajo de la silla.

Linn retrocedió y gimió algo debajo de su mordaza.

“Por favor” dijo Alodie.

Boyce se aferró a la silla para estabilizarla.

Alodie sabía en lo que estaba pensando, sus instintos tomaron el control.

“Eres un imbécil, si le rompes los dedos, ¿como esperas exactamente que consiga el dinero? Ella...”

Boyce bajó su martillo, con fuerza.

Linn se sacudió bajo la silla. Todo lo que salió de su boca fueron sonidos sin sentido, no solo por la mordaza sino porque no pudo evitarlo, dolía demasiado.

Estaba temblando y babeando cuando Boyce levantó la silla y le desató las muñecas. Los nudillos de la mano derecha de Linn estaban aplastados hasta los huesos, la sangre brotaba por todas partes, debajo de las uñas y en las pequeñas heridas con la piel abierta. Se balanceaba de adelante hacia atrás, acunando un brazo con el otro.

Alodie no quería mirar. Se obligó a mirar a Boyce, quien a parte de tener un poco de sudor, no se notaba que hubiera hecho ningún esfuerzo.

“Ahora no ganaremos nada” Alodie lo miró con desprecio, con todo el odio que sentía. “Peor que nada, idiota”.

Boyce solo se encogió de hombros. “Ella pagará, tengo una forma más rápida de conseguir el dinero que con un par de semanas de trabajo”. Con una mano empujó a Lynn por la puerta, que seguía gimiendo bajo la mordaza.

Su indiferencia hizo que Alodie sintiera frío. “¿A dónde la llevas?”

¿En qué estaba pensando? ¿Iban a subastarla? ¿La venderían como mano de obra? ¿Con su mano destrozada?

Boyce ignoró otra vez a Alodie. “Ella ya no es tu problema”.

Luego pateó un bolso a sus pies, la paja se arremolinó en el aire. “Agarra la seda, todo lo que valga algo y vete a casa, hablaremos mañana”.

La cara de Alodie se puso roja, debía detenerlo, golpearlo, lo que fuera.

Pero estaba sediento de sangre.

Linn no apartó los ojos de Alodie mientras Boyce la arrastraba fuera de la tienda.



Alodie recorrió los barrios pobres como si estuviera retirando una sutura, lentamente y hacia atrás, sintiendo más emociones de las que hubiera querido.

Nunca antes se había molestado en ayudar a una sanguijuela cuando no se llegaba a ningún acuerdo. Pero Linn no era una sanguijuela o al menos no era una sanguijuela *común*.

Uno no elogiaba el trabajo de una sanguijuela ante su familia, ni la invitaba a la mesa para hacer un trato.

Cuando a una sanguijuela le iba bien, no tenían que irrumpir la zona alta vestidos mejor que la nobleza. Ni los libertinos o los trovadores los adoraban, ni las noches duraban tanto que parecía que el sol tenía miedo de salir.

No le prometías a una sanguijuela que la cuidarás y ella tampoco lo haría.

Tal vez Linn pensó que su familia le daría un trato especial porque eran amigas, tal vez Alodie le hizo creer eso.

Por eso esta vez se quedó detrás de Boyce, fuera de su vista, apoyándose en los establecimientos esparcidos por Mewls hasta que los barrios pobres desaparecieron. Alodie caminaba de forma difusa, como un vagabundo, no como un cazador. Cuando Boyce se encontró con unas figuras oscuras, vio como entre ellos empujaron y metieron algo oscuro a una carreta, Alodie aceleró solo un poco, vagaba con determinación.

La carreta de su primo avanzó sobre los adoquines sucios, al oeste y al norte. Cuatro figuras y una carreta: el inicio de un envío. Su noche duraría más que Linn.

Pero se estaban alejando de los puertos, al menos no la llevaban a Bilefen.

Alodie siguió al grupo de Boyce durante una hora sin parar, pasando por la entrada siempre abierta con sus llamativos estandartes azul verdoso y siguiendo el sendero. Se arrastró en la oscuridad sin más barrios pobres para ocultarse y sobresaltándose con el sonido de las lechuzas. Los pequeños puntos de sus antorchas la condujeron fuera del sendero y hacia el bosque, donde el olor del mar

se convirtió en olor a tierra mal oliente.

Luego esperó, les dio unos cuantos minutos para que se adelantaran y luego avanzó. Alodie tenía una idea bastante clara de a dónde iban.

La familia tenía una parada de transporte a millas del pueblo en la parte más pequeña de Solterwood para intercambiar jinetes y carga antes de emprender nuevos viajes, Alodie había caminado hasta allí más de una vez.

La parada estaba bien escondida, justo donde la copa de los árboles comenzaba a espesarse, Boyce se sacudió las manos detrás de un gran carruaje de cuatro ruedas, los otros dos carruajes estaban a unas yardas de distancia. Los tres carruajes tenían capotas de cuero, estaban abiertas, pero dentro estaba oscuro, el cargamento estaba oculto.

Alodie podía escuchar tanto a los caballos relinchando y pisoteando como la charla silenciosa frente al cochero. Se agachó, poniendo sus manos entre los gusanos, musgo y heces del bosque, los arbustos y espinas se clavaron en su piel.

Boyce y su grupo, Lachlan con la cabeza aplastada y otros dos con cuellos gruesos, se voltearon y arrastraron los pies hacia ella en la oscuridad, cargando pesados garrotos y antorchas que también servían como garrotos. Recordó que algunas personas de la familia habían trabajado en pandillas armadas.

Tenían expresiones sombrías y se mantenían en silencio. Por lo general, hacer una entrega los ponía de mal humor, a veces hablaban sobre como gastarían su dinero y luego caminarían aún más rápido que en la subida, girando sus cabezas como ardillas, como si quisieran abandonar ese lugar.

Alodie se mordió con fuerza la lengua, la sintió palpar de dolor al mismo tiempo que acercaban cada vez más sus antorchas para iluminar la noche y para encontrarla escondida en un arbusto.

Miró a Boyce, lo miró con atención, estaba sediento de sangre, pero no era invencible. Sus ojos eran sobre todo unas pupilas negras, la parte gelatinosa del ojo era completamente suave y flexible. Su garganta descubierta era lo suficientemente delgada como para aplastarla, si tan solo hubiera traído una cachiporra de cuero, un palo afilado o incluso llenar un guante de los vidrios rotos de la tienda.

Caminó directo hacia ella. Alodie tensó sus puños y dobló las rodillas, si la encontraban, deseaba que pudiera atacar primero.

¿Y luego qué? Le aplastarían los nudillos y la venderían como mano de obra.

TAL VEZ UNA GRAN PARTE DE SUS
INSTINTOS SÓLO ESTABA IGNORANDO
LAS CONSECUENCIAS.

Boyce tenía toda la razón: no tenía los instintos, estaba fingiendo.

O no estaba escuchando lo suficiente. Él *estaba* distraído, podía dejar que la ignorara, dejar que se saliera con la suya, era una oportunidad, sus instintos lo sabían.

Alodie se hundió más cerca de la maleza sin hacer ruido.

El grupo pasó al lado del escondite de Alodie, con rapidez y determinación, la luz de sus antorchas se perdió de vista. Se encontró envuelta en las suficientes sombras para poder respirar. Delante de ella, tres carruajes crujían, levantando tierra y suciedad a su paso, los caballos tiraban de ellos con el chasquido de un látigo.

Si salía demasiado rápido la familia la vería, pero si los caballos aceleraban, nunca los alcanzaría.

Sin apartar los ojos del grupo de Boyce al imaginarse que seguían alejándose de espaldas, se acercó sigilosamente al carruaje más cercano. Contuvo la respiración con fuerza, rogándose a sí misma que no tosiera mientras la peste del equino y del bosque la envolvían.

En la parte delantera de cada carruaje había un cochero, con un largo látigo y un par de antorchas colocadas en los colaterales de sus asientos. Agitaron sus látigos, dándose órdenes entre ellos, silbaron, gritaron y se acomodaron. Los caballos comenzaron a galopar.

Tal vez una gran parte de sus instintos solo estaban ignorando las consecuencias.

Alodie saltó, apoyó un pie en el escalón de la parte trasera del carruaje, se impulsó hacia arriba y se metió, aterrizó sobre su estómago y sintió como se le escapó el aire.

Se alegró de haberse quedado sin aliento después de encontrarse con un infierno.



El interior del carruaje era un retrato de la miseria. Los cuerpos estaban unos encima de otros, aplastados contra las paredes, las formas grises y harapientas jadeaban al dar respiraciones entrecortadas, estaban atados a postes de hierro como animales. Unos pocos estaban descalzos, con los pies lastimados y morados, con sus manos destrozadas y con las uñas colgando. La mayoría tenía los ojos vendados y todos estaban amordazados, sus cabezas colgaban, estaban aturcidos. Los iluminaban los diminutos hilos de luz de las antorchas de arriba, parecían más siluetas que personas.

La madre de Boyce, toda la familia, incluyendo a Alodie, transportaban muchas cosas, cosas que no debían tener, pero ella no sabía de esto.

Alodie tomó una indeseada bocanada de aire.

No podía levantarse y no solo por tener revuelto el estómago, sino porque el carruaje se movía rápido, los caballos tiraban hacia adelante en línea recta hacia el norte, donde los árboles eran más densos. En esa ruta de Solterwood los carruajes no servirían por mucho tiempo. ¿A dónde demonios iban?

Alodie miró con desesperación los rostros de los condenados, evitando los ojos desenfocados de quienes le devolvían la mirada. No reconocía a nadie, tal vez fueron sanguijuelas, no había duda de que ninguno de ellos eran *sus* sanguijuelas.

Se sintió histérica, como si fuera a ponerse a llorar, pero los instintos no la dejaron, se tragó sus angustias por su garganta seca.

Linn estaba en la parte de atrás, casi encima de otros dos prisioneros. Sus ojos estaban cerrados, estaba atada y amordazada, todavía.

Alodie se puso en cuclillas. “Shh” susurró a los pasajeros, llevando el dedo a sus labios. Se dio cuenta de que realmente no estaba hablando al escuchar su voz, tocó sus labios para enfatizar.

“Necesito ir por ella, luego los ayudaré”. ¿Podía ayudar a estas personas desdichadas? ¿Importaba?

Se escuchó un quejido sordo y cerca de la pared alguien soltó una inhalación temblorosa y lamentable. Alodie no estaba segura de si podían escucharla o entenderla.

Intentó susurrar con una voz de autoridad. “No hagan ruido”.

Alodie avanzó de poco en poco, prestando atención a cada movimiento de sus manos y tratando de no tocar las extremidades adoloridas. Cerca de la parte

LOS CHILLIDOS QUE SE ESCUCHABAN FUERA DEL CARRUAJE COMENZARON A CAMBIAR, AHORA SE ESCUCHABA UN GORGOTEO SILENCIOSO Y HÚMEDO. ALDIE ESCUCHÓ ALGO ESCARBAR DE FORMA FRENÉTICA, LUEGO HUBO UN GRITO DIFERENTE, UNO DESGARRADOR Y SE HIZO EL SILENCIO.

delantera del carruaje, vio que los ojos de Linn parpadeaban y la oleada de alivio la hizo tambalearse.

Los ojos de Linn estaban hinchados, pero le devolvió la mirada y Alodie vio que la reconoció, Alodie supuso que no la habían drogado, la buena suerte de ser un envió adicional tardío. Pero cambiaron el trapo de su boca por una mordaza de cuero y sus dos manos estaban fuertemente atadas a un poste.

Su mano derecha no se veía bien, se veía de un feo color amarillo púrpura y estaba hinchada, seguramente estaba rota, tal vez ni siquiera un sanador podría curarla, una mano funcional estaba repleta de detalles.

Las hojas y las ramas arañaban los costados del carruaje, el bosque se estaba volviendo más denso. Alodie trató de desatar la cuerda de las muñecas de Linn con cuidado, luego liberaría sus pies y le quitaría la mordaza, y después correrían.

Las manos de Alodie temblaban mientras luchaba por desatar a Linn, tenía tan poco control sobre ellas que parecía que no fueran sus manos, al menos sus feos guantes absorbían su sudor. Pero las ataduras tenían demasiados nudos, estaban muy bien hechas, se estaba tardando demasiado.

En su frustración, trató de pasar una de las ataduras sobre la muñeca sana de Linn, ella gimió bajo la mordaza y cerró los ojos con fuerza, tomando bocanadas de aire por el pánico, con cada minuto que pasaba su agonía aumentaba.

Entonces Alodie escuchó a los cocheros gritar y el carruaje empezó a reducir la velocidad, tiró frenéticamente de las ataduras de Linn.

La escasa luz de las antorchas desapareció, alguien se lanzó desde el asiento del carruaje hasta el suelo, pisando el lodo. Alodie se giró hacia la parte trasera del carruaje, pero las pisadas se movieron rápidamente por la parte delantera, seguidas por el sonido de los caballos al ser desenganchados. Se alejaron haciendo un

escándalo, los cocheros estaban huyendo.

Nadie se subió al carruaje, ¿los habían abandonado?

Linn trató de decir algo bajo su mordaza, conociéndola probablemente era una broma sobre su mano mutilada, *¿Se ve hermosa, verdad?* o tal vez estaría furiosa, tenía el derecho.

Alodie liberó la muñeca sana de Linn y le quitó la mordaza.

“No nos van a entregar” susurró Linn con la voz ronca. “Somos la carnada.”

Desde afuera, Alodie escuchó el sonido de la madera astillándose en varios lugares a la vez, un estruendo de hachas por todo el bosque.

Un grito de horror rasgó el aire y un coro de alaridos le siguió.



Pasó un minuto que se sintió como una hora, los chillidos que se escuchaban fuera del carruaje comenzaron a cambiar, ahora se escuchaba un gorgojeo silencioso y húmedo. Alodie escuchó algo escarbar de forma frenética, luego hubo un grito diferente, uno desgarrador y se hizo el silencio.

Sus instintos se acobardaron, cada emoción se convirtió en miedo, respirar dolía, apenas podía moverse y todo su cuerpo temblaba.

Linn se ocupó de desatarse los pies con una sola mano, sin decir nada, avanzaba con dificultad, más lenta que la muerte que las acechaba, nunca podría liberarse sin ayuda.

Los condenados estaban despertándose, mirando lentamente a su alrededor, tratando de separarse de los postes, retorciendo las cuerdas y las correas de cuero resbalosas por el sudor.

Alodie debía ser la única persona en el carruaje que podía levantarse, que era libre de huir. Linn la miró, dudando, pidiéndole ayuda, estaba en su derecho.

Linn solo asintió cuando Alodie se agachó y pasó el pulgar por debajo de las ataduras de sus pies. Trabajaron juntas hasta que escuchó algo raspar de forma pesada y lenta el suelo, era todo en lo que podía pensar mientras tiraba de la cuerda del pie izquierdo de Linn, lastimando su piel.

Hasta que la parte delantera del carruaje se partió a la mitad.

A su alrededor volaron astillas de madera, Alodie se arrastró hacia atrás, tirando de Linn por su brazo sano.

El carruaje se inclinó, tres de los condenados desaparecieron en la oscuridad, arrancados de sus postes, se escuchaban gritos por todas partes.

Alodie alcanzó a ver unas encías manchadas y una hilera de dientes, un zarcillo rojo y negro pasó entre los destrozos y la agarró del hombro, se alejó dolorosamente del zarcillo y esta se fue serpenteando para llevarse a otro condenado. Alodie no miró a los demás prisioneros, solo empujó a Linn hacia adelante y salieron por la parte trasera y doblada del carruaje.

Linn dio unos pequeños pasos, cojeando, tenía las piernas adormecidas por las ataduras, el hombro de Alodie zumbaba de dolor mientras se adentraban a las profundidades del bosque, ninguna reconocía donde estaban. Detrás de ella, Alodie podía ver los restos de los tres carruajes, cubiertos de sangre roja y espesa, como la yema de un huevo, una sola antorcha bien colocada se mantenía encendida, la cual sobresalía como una vela.

Los cuerpos que la familia dio como ofrenda estaban esparcidos detrás de ellas, sus entrañas rojas y viscosas estaban amontonadas y tiradas como las cuerdas de una marioneta, todos ellos, muertos, medio muertos y vivos, se retorcían al unísono en el suelo, haciendo los mismos movimientos y ruidos que los demás.

Con el corazón palpitando con fuerza, Alodie arrastró a Linn por el lodo, adentrándose hacia las sombras de Solterwood, tan rápido como le permitieron sus instintos.



Una abominación acechaba Solterwood con sus garras manchadas de sangre, se escabullía por el suelo sin hacer ruido.

Los árboles trataron de ocultar la luz de la luna pero no pudieron disuadir a la criatura. Sus ojos estaban hechos para la oscuridad.

Como ya lo había hecho muchas veces, la abominación permaneció en la

ruina de hace apenas unas horas: dos cadáveres gravemente heridos, los restos de su carne arrancados por garra y colmillo. Lo poco de piel que les quedaba era espinosa, diferente a como había sido alguna vez.

Los cuerpos yacían sobre tierra manchada de ocre. Ambos estaban quietos. Eso era importante.

La abominación empujó a los cuerpos y luego hizo que una de sus manos perforará a uno de ellos. Este cedió al ser aplastado, el cadáver permaneció rígido e inmóvil.

Después se acercó al segundo cadáver. Repitió la acción.

Este cadáver abrió sus fauces dislocadas ampliamente, siseando mucosidad podrida por entre sus dientes. Al igual que un insecto moribundo, sacudió todas sus extremidades para atacar a la abominación. Incluso en este estado, sus golpes fueron brutales. Las puntas como cuchillas que atravesaban su piel rasparon el pellejo de la abominación, pero no pudieron perforarlo.

La abominación se retorció. Con un crujido, el cadáver quedó quieto. Sus ojos estaban hundidos, incrustados en su totalidad de lagañas rojas. Durante su frenesí, sus párpados no se habían abierto ni una sola vez.

Poniéndose de pie, buscando más allá del dulce humo y la putrefacción, la abominación encontró algo más. Su mirada contempló rastros dispersos, dirigiéndose al este, hacia la parte más densa del bosque. Raspó el suelo, se detuvo e inhaló.

Dos más. Ambos ensangrentados.

La caza no se acabaría aquí.

Las sombras serpentearon alrededor de la abominación y esta desapareció.



Alodie y Linn huyeron de las criaturas durante la noche. La oscuridad era impenetrable. Parecía que más partes del bosque emergían a su alrededor con cada paso.

Alodie guiaba a Linn con ambas manos. Y sus instintos la guiaban a ella. Nadie

estaba en control de la situación.

Corrieron por lo que parecieron horas, atormentadas por la maleza crujiente y gruñidos húmedos y salvajes. Alodie sentía escalofríos en su cuello sin parar. Como si alguien siempre la estuviera observando, pero no podía ver como, o quién.

Cada tantos minutos, eran forzadas a detenerse. Linn perdía su velocidad y necesitaba descansar. O se caería antes de que Alodie pudiera agarrarla. Esta vez, la herida en su mano había traspasado la tela que habían envuelto alrededor de ella.

“¿Crees que se haya ido? ¿Esa . . . cosa?” Linn preguntó. Estaba agachada en el pasto, tratando de calmar su respiración.

“Tenemos que correr como si aún estuviera ahí”, dijo Alodie.

Linn solo hizo una mueca de dolor y sujetó su vendaje improvisado, ajustándolo como si fuera de ayuda.

“No está tan mal. Boyce ha hecho cosas peores”, dijo Alodie, ayudándola a levantarse.

“¿Ahora tienes ganas de ayudar?” Linn se burló al levantarse de las zarzas.

“Pues estoy aquí, ¿o no?” Dijo Alodie, haciendo todo lo posible para seguir avanzando. “Te lo habría dicho si lo hubiera sabido”.

Linn guardó silencio.

Las concesiones podían ser buenas. Lo intentó una vez más. “Si hubiera hecho algo, de seguro nos hubieran matado a ambas”.

Linn la miro, atónita. Tal vez por no haberse dado cuenta de la pesadilla con la que se había acogido. Tal vez enojada con Alodie por haberla dejado.

“Ya sabes, por lo general los inteligentes pagan a tiempo.” Alodie trató de no incluir críticas en su voz. No funcionó.

Linn la empujó y caminó por su propia cuenta. Iba aún más lento que antes.

“Y tú jamás te has quedado estancada, ¿no es así, Alodie?” Linn gruñó. “Nadie ha querido venir a Mewls por meses. Traté de tomar ordenes en la zona superior. Solo alentó las cosas.”

Sin poder contenerse, Alodie sintió a sus instintos alzarse, buscando una pelea que fuera capaz de ganar. “¿Así que decidiste que teníamos que cargar con la deuda en tu lugar?”

“¿Teníamos?” Linn se quedó incrédula. “Tú sabes cuanto dinero tienen. Siempre hablas de como todos son una porquería, ¿qué te importa si necesito unas

YA HABÍA VISTO COMO LOS COCHEROS
MATABAN A LOS CABALLOS. SIEMPRE ERA
TRISTE, VER LA CONFIANZA EN SUS OJOS.
PERO POR LO MENOS PODÍA OCULTARLA.
VER COMO ESOS CUERPOS SE RETUERCEN
AL LADO DE LOS CARRUAJES, COMO SI
FUERAN MARIONETAS . . . ES ERA ALGO
QUE NO PODÍA OLVIDAR.

cuantas semanas?”

“No me importa”, dijo Alodie, dándose cuenta. Dejó que la pelea terminara. Linn al menos merecía ganar esta.

Alodie le dio su mano para ayudarla a cruzar por raíces malformadas. “Cuando vengan por tu otra mano, te lo advertiré antes.”

Linn solo le dirigió la mirada, su rostro lleno de miseria gris. “No tienes derecho a bromear sobre eso”.

Alodie había ido demasiado lejos. Ni siquiera había pasado una noche.

“No hasta que yo bromee sobre eso un par de veces”. Linn sonrió. “Idealmente con una audiencia.”

El bosque se volvió más silencioso. Finalmente, terminaron por dar una lenta caminata. A un paso compartido.



En una hora, no habían escuchado sonidos de persecución y no habían visto nada vivo. El bosque había quedado despojado de sus ruidos y no había ningún rastro de que se terminara la noche o de que se acabara el bosque. Ambas estaban temblando.

A la distancia, Alodie escuchó un ruido que ella reconocía. Un caballo moribundo, relinchando con un hocico lleno de líquido. Al acercarse, pudo ver que su estomago había sido cortado. Linn desvió su mirada y cubrió su cara con su brazo sano.

Alodie se detuvo para ayudarla a descansar sobre un roble y buscó cerca de donde el caballo había caído. Regresó con una antorcha y una caja para hacer fuego y luego agarró a Linn por el hombro. “¿Acaso vas a . . . ?” Linn preguntó, sin terminar su pregunta.

Alodie la ignoró. Hizo que ambas se apresuraran lo más rápido posible.

Ya había visto como los cocheros mataban a los caballos. Siempre era triste, ver la confianza en sus ojos. Pero por lo menos podía ocultarla. Ver como esos cuerpos se retuercen al lado de los carruajes, como si fueran marionetas . . . eso era algo que no podía olvidar.

Si ahí había un animal moribundo, haciendo ruido, podría servir como una distracción. Lo que sea que las estaba cazando podría irse a cazar otra cosa.

Cambió a la dirección opuesta a su camino, guiando a Linn, hacia el sur. Lo que ella esperaba fuera el sur, había demasiados árboles para ver las estrellas. La tierra mojada y granulosa comenzó a cambiar a rocas y fragmentos de granito empezaron a raspar sus botas. Linn se tropezó más a seguido, su respiración se volvió pesada y caminó cabizbaja. Alodie también se tambaleó un par de veces. Se movían a paso de perezoso en la oscuridad, pero el Solterwood empezaba a disminuir, poco a poco, hasta que casi se toparon con una pared.

Estaban apoyadas contra un granito frío y musgoso. La apertura de una cueva se encontraba a unos cuantos metros de ellas. Refugio.

Alodie se llenó de alivio. El sentimiento constante de que algo las observaba disminuyó.

Alodie dejó la antorcha en piedras secas, se agachó y abrió la caja para hacer fuego. Comenzó a golpear un pedernal contra hierro y después sopló sobre un puñado de yesca. Fue una obra imperfecta e incómoda, pero no era su primera vez. La antorcha se encendió.

“No es cierto”, dijo Linn. Pero se estremeció. Su voz era dudosa, no exigente. Quería estar equivocada.

“¿Acaso piensas caminar hasta que colapsemos? Estaremos más a salvo si nada

SE DIØ CUENTA DEL TERRØR DEL
ACUERDØ DE SU FAMILIA. ALØDIE SABÍA
QUE SU NEGØCIØ CREABA VÍCTIMAS.
PERØ NØ PØDÍA IMAGINARSE NI UNA
SØLA JUSTIFICACIØN HUMANA DE
VENDERLE PERSONAS A ESTA CØSA.
¿DINERØ? ¿PRØTECCIØN CØNTRA SU
HAMBRE? ¿UNA ØBLIGACIØN FILIAL?

puede sorprendernos por detrás”, Alodie razonó. Le dio un gesto a Linn para que avanzara.

Caminaron hacia el interior de la caverna, con la antorcha sobre la cabeza de Alodie, usando el tacto para sentir el contorno de las paredes de la cueva. Un área abierta, un lugar para esperar a que pasará la noche, eso era lo único que necesitaban. Se apresuraron, sacando energía de tener una segunda oportunidad.

La antorcha era su faro. Mientras caminaban, Alodie sintió que raspaba contra el techo de la cueva. Quería mantenerla en alto, para mandar su luz hacia adelante.

“¿Por cuánto tiempo tenemos que seguir con esto?” Linn preguntó, jadeando. A la vez que su miedo disminuía, el dolor tomaba su lugar.

La garganta de Alodie estaba tan seca que tuvo que despejarla dos veces antes de contestar. “Tenemos que ir lo suficientemente profundo como para que cueste trabajo salir. En algún lugar abierto, donde podamos echarle un vistazo a la entrada”. Alodie no estaba segura. Solo quería sonar segura. “Luego puedo vigilar unas cuantas horas, mantener encendida a la antorcha. Para que puedas descansar un poco”.

Dejaron atrás las partes de la cueva iluminadas por la luz de la luna. Las paredes de la cueva estaban húmedas y mojadas, la piedra escondía pequeñas gotas de agua que la hacían resbalarse de vez en cuando. Alodie no tenía ningún deseo de dormir en el suelo. Pero tenían que aguantarlo. Linn tenía que aguantarlo.

Algo raspó a la pared de la cueva detrás de ellas.

“Shhh”. Alodie cambió la dirección de la antorcha, escaneando el área como pudo. No veía nada cerca del área tenue. Pero el sonido provenía de donde habían entrado.

Retrocedieron, gateando más profundo en la cueva, por el corredor. Más adelante, el camino se partió en dos.

Alodie se dirigió hacia la izquierda, asegurándose de que Linn estuviera en frente de ella, casi empujándola para no detenerse.

Otro laberinto en la oscuridad. Alodie las llevó a otra vuelta, fue a la derecha, y se dio cuenta de que habían ido en círculo. La cueva se doblaba sobre si misma.

Un ruido, como si la cabeza de un hacha se deslizará sobre piedra retumbó por toda la caverna.

Su cuerpo entero estaba paralizado del miedo. Alodie quedo inmóvil, solo le señaló a Linn que fuera al corredor de la derecha. Era lo único que podía hacer. Linn le devolvió la mirada. Volvió a mirar hacia adelante. Y comenzó a dar pasos inseguros en esa dirección. Confío en no ser otro caballo muerto.

Aquella cosa no podía arrinconarlas a ambas. Alodie se fue por el otro corredor.

Sostuvo a la antorcha lo más alto que pudo, aferrándose a ella con ambas manos, con cuidado de no tocar a las paredes mojadas. No deseaba ver a la cosa que había hecho trizas al carruaje. Pero tenía que hacerlo para tener alguna esperanza de sobrevivir.

Alodie pudo oír a la respiración de Linn por unos segundos, pero luego se alejó del sonido. Ya no había raspones ni golpes. Encontraría a aquella cosa o Linn lo haría. Alodie siguió a la antorcha por este nuevo camino. Caminó hasta que se percató de que las gotas aferrándose a la pared habían cambiado y se detuvo un momento para observarlas.

Brillaban y reflejaban algo más rojo que la luz de su antorcha.

Alodie se dio la vuelta y un diablejo le regresó la mirada. Zarcillos emergían de su torso como si fueran cordones umbilicales. Su boca con encías negras estaba llena de colmillos y demasiadas lenguas, cada una cubierta por dientes como de tiburón.

Sus ojos eran pozos, crueles, pero no salvajes. Demasiado profundos. Demasiado humanos. Tela fina que pudo haber sido de aristócrata hace un siglo se aferraba a su cintura casi desmoronándose. Había visto ropa como esa en la casa de la madre

de Boyce. Heredados de los abuelos de sus padres.

Se dio cuenta del terror del acuerdo de su familia. Alodie sabía que su negocio creaba víctimas. Pero no podía imaginarse ni una sola justificación humana de venderle personas a esta cosa. ¿Dinero? ¿Protección contra su hambre? ¿Una obligación filial?

Desesperada, Alodie estocó a la antorcha hacia la criatura. El fuego era el arma de la Luz. Arremetió ampliamente, dos veces, luego se lanzó hacia adelante, presionando a la antorcha contra la monstruosidad, tratando de mantener tanta distancia como pudo.

No gritó ni retrocedió mientras las llamas le quemaban la cara, solo le lanzó una mirada. Luego le dio un bofetón a la antorcha y le arrancó la garganta con sus dientes.

Alodie cayó al suelo lentamente, como una piedra hundiéndose al fondo de un estanque. Jadeó, no podía hacer que el aire fuera a sus pulmones.

En la luz extinguida de la antorcha descartada, Alodie observó como Linn cojeaba en el otro lado del corredor.

La criatura se dio la vuelta, lanzó dos de sus zarzas como látigos y Linn se desplomó a gritos.

Las zarzas la acercaron hacia la criatura. Y se sentó para comer.

La cabeza de Alodie yacía en un charco rojo pegajoso. Todo su cuerpo estaba adormecido. Intentó escapar, pero no podía.

La oscuridad demoró mucho en llevársela.



Al fin, la presa se tomó su tiempo para ser devorada. Distraída.

La abominación había observado a las dos sobrevivientes del carruaje moverse estrepitosamente por el bosque. En la entrada de la caverna, la más alta levantó la antorcha como si fuera una señal.

La abominación también había observado a su presa. Un viejo vampiro, vestido en los vestigios de su riqueza humana. Inteligente, compartiendo su caza con

la gente de Kingsport, manteniéndose fuera de vista, intercambiando bienes y esparciendo su plaga más rápido gracias a ello.

El vampiro dejó que sus impulsos lo guiarán. No sabía como contenerse. No aceptaba ser negado. Buscaría a los sobrevivientes.

Era ágil. La abominación no deseaba pelear contra él en campo abierto.

Pero las dos sobrevivientes habían entrado a una cueva. Permitieron que las acorralara. Ofreciéndole una oportunidad.

El olor a sangre emanó de la entrada de la cueva.

Hizo que Zebediah volviera a entrar en razón.

Era alto con una nariz como pico de pájaro y cabello largo, suelto y blanco como las nubes. Tenía una cara ancha y cuadrada, corriente y pálida, pero la señal más obvia de su maldición eran sus ojos rojos y hundidos, rodeados por venas negras como una telaraña.

Zebediah vestía de armadura pulida, con suficientes ornamentos para una corte de la antigua Kehján, con placas brillantes horizontales carmesí en su abdomen. Un ámpula atada a una cadena estaba bien ajustada al gorjal de su armadura, el vial lleno de agua verde y azul que obtuvo del río donde casi respiraba su último aliento, arrinconado por bestias que distrajo por su propia cuenta. Para salvar a los otros, ese fue el mayor bien que podía imaginar cuando era más como un niño.

Su equipo pesado era inusual para una casa en el Solterwood. Para cualquiera que esperaba moverse rápida y cuidadosamente por el bosque. Sin embargo, lo habían llamado al servicio del Anillete como uno de sus caballeros sangrientos por décadas. Descubrió que fue difícil cambiar su forma de ser; se había vuelto indistinguible de su juramento. *Todo lo que queda de mi vida, balanceado en contra de la oscuridad.*

Cada vez que su travesía se volvía imposible, siempre encontraba como regresar al juramento. Pocos podían decirlo y ser sinceros; en agonía y en conflicto, él lo experimentó. Zebediah había asesinado a sus camaradas malditos y erradicado la putrefacción de los inocentes antes de que pudiera extenderse. La vida después de su vida solo fue monstruosa; enfrentarse a ella y seguir siendo la misma persona requirió que tuviera un alma de hielo. Inquebrantable.

Zebediah susurró silabas muertas al aire nocturno. Las sombras giraron alrededor de él como si fueran niebla, silenciando el sonido que sus botas hacían

LA MUJER DE CABELLO RUBIO. ELLA
PARECÍA . . . ARGULLOSA. HASTA,
ARRGANTE. Y SIN EMBARGO, ÉL LA HABÍA
VISTO LUCHAR USANDO SUS INSTINTOS.
ESTANDO CONSCIENTE DE SU CRUELDAD,
USÁNDOLA Y RECHAZÁNDOLA POR IGUAL.

en las piedras.

Los gritos dentro de la caverna se habían callado, pero Zebediah aún podía escuchar el graznido ronco del vampiro mientras este se alimentaba. Caminó con rapidez por la caverna, sin necesitar de la luz para encontrar el camino.

El túnel se hizo más angosto y el graznido aumentó más y más en sus oídos. Cerca de un giro en el pasillo, por fin pudo ver al vampiro agachado, sus zarzas acunando a una de sus víctimas, aferradas a su cuerpo como una docena de lampreas.

Zebediah no se esperaba que ninguna de las víctimas del carruaje sobrevivieran, ni siquiera estas últimas dos. Pero si sus muertes podían darle la más ligera ventaja contra el vampiro, había valido la pena haber esperado y observado. No hay nada más importante que acabar con esta amenaza.

Zebediah podía ocultar como se acercaba, pero no como olía. El vampiro se dio la vuelta y saltó a sus pies, siseando con una boca llena de lenguas puntiagudas.

Una lanza morada y negra de sombras solidas se materializo en la mano de Zebediah y la lanzó con toda su fuerza. Antes de que el vampiro pudiera evadirla, la lanza acertó en su objetivo de forma sólida, atravesando su garganta. Sus zarzas se dispararon hacia arriba, esforzándose para arrancar a la sombra que consumía su carne fría.

En algún lugar por dentro de Zebediah, la maldición se regocijó al ver a su presa herida. Forzó que esta se allanara.

Avanzó hacia el vampiro pesadamente, con sus rodillas dobladas y una lanza larga en sus manos enguantadas. No quería oler el olor a sangre podrida que se derramaba de sus heridas; tenía que matarlo rápido, antes de que pudiera sanar. Sacó la lanza, perforó dos agujeros en su pecho y tensó todo su cuerpo para darle un ataque agarrándola con ambas manos...

Cuatro zarzas cortadas se envolvieron alrededor del cuello y los brazos de Zebediah, arrancando su piel. El dolor fue más quebrantante que cualquier cosa que haya experimentado, los cientos de dientes pequeños del vampiro abrieron heridas que ardían, esparciéndose como si fueran llamas. Mientras que las zarzas del vampiro lo oprimían, la lanza de Zebediah cayó de sus manos. Sentía como su cuerpo se hacía pedazos.

Las zarzas se juntaron en medio de su cuerpo. Zebediah se derritió en un charco de sangre.

El vampiro se detuvo, siseando, agitando sus brazos. Se movió hacia adelante, sus zarzas moviéndose como si fueran dedos en el aire. Y luego regreso a mirar hacia los cuerpos de sus víctimas, insaciable.

Un charco carmesí burbujeó detrás de él, revelando una masa amorfa con contorno de cuerpo. La lanza larga se elevó junto a esta, sujeta en la mano de Zebediah, recobrando su forma un dedo a la vez. Regresó a su forma humana mientras la sangre se resbalaba de la masa y saltó hacia la espalda del vampiro.

Zebediah trato de desviar su mirada mientras apuñalaba a la criatura una y otra vez. Pero no pudo contenerse. Tres agujeros. Cuatro. Cinco. Había algo hipnotizante sobre su simetría, sobre los estallidos perfectos de icor rojinegro que lo bañaba. Arremetió con gusto, mortificando a su enemigo, mientras recibía golpes de los que apenas se daba cuenta.

Hasta que una zarza raspó el recuerdo alrededor de la garganta de Zebediah y arrancó a la cadena del gorjal Este vampiro ya había sido cazado antes por un caballero sangriento. La criatura *sabía*.

Zebediah se lanzó al suelo, atrapando su recuerdo segundos antes de que se estrellara contra las piedras. Las extremidades del vampiro lo envolvieron, pero la maldición era lo que en verdad lo estaba sujetando. La piel de Zebediah se estiró y cambió; se rindió, convirtiéndose en una masa flagelada de músculo y sangre para competir contra el vampiro en términos de fuerza y hambre.

La abominación partió a su presa a la mitad, arrancando las zarzas y un brazo putrefacto. Desgarrándolo con las garras burdeas de sangre en las que sus manos se habían transformado.

Su presa escurría de sangre. Se retorció de un lado a otro. Tratando de escapar. Pero escapar era imposible.

La abominación atacó en un frenesí, una y otra vez, sin tan siquiera pensar en descansar.

Zebediah sacudió su cabeza como un perro. Su mano palpaba en agonía. De todas las buenas distracciones que evitaban que se perdiera a sí mismo, el dolor era la que le brindaba mayor claridad. Hizo pulpa a la pared de la cueva, la había golpeado tanto que la piedra se había agrietado a casi medio metro.

La mitad de la carne desechada del vampiro se encontraba por debajo de él. La otra mitad había desaparecido.

Un rastro sangriento conducía hacia afuera de la cueva. Se había escapado.

Siseó, se dio la vuelta y golpeó a la pared otra vez. El vampiro era más rápido que él; *sabía* acerca de él. Aún podía intentar atraparlo. Si empezaba ahora mismo, tal vez...

El cuerpo de una de las mujeres en el suelo se movió. Después, unos segundos después, el otro. Otra vez.

Al mismo tiempo.

¿Quiénes eran antes? ¿Hermanas, quizás? ¿Amantes, por la forma casual y sin afecto con la que se hablaban?

Había venido a matar al vampiro. Para evitar que esta maldición se esparciera.


Y aun así se había esparcido, por culpa de *sus* elecciones. Por *su* falta de control. Por *su* maldición, de mucho antes de sostener a su lanza.

¿Cuál era el mayor bien? ¿La mejor forma de remediar algo?

La mujer más baja de pelo castaño buscaba algo que la emocionara, con una sensación de júbilo que le sirvió bien. Ella creía que tenía algo de valor, aunque el mundo no lo creyera.

La mujer de cabello rubio. Ella parecía . . . orgullosa. Hasta, arrogante. Y sin embargo, él la había visto luchar usando sus instintos. Estando consciente de su crueldad, usándola y rechazándola por igual.

Fue un comienzo. Colocó a la lanza y su recuerdo en el suelo y se puso de rodillas ante ellas.



Alodie se estremeció. Se estremeció con todo su cuerpo. Deseaba moverse, liberarse de sus pensamientos y de su mente, cada extremidad arrastrándose por su propia cuenta. Su vista estaba enterrada, como ver a través del ojo de una aguja en la oscuridad.

Visiones flotaron a su alrededor. Un hombre de cabello blanco, su hermosa armadura cubierta de sangre.

“Vas a morir”, dijo, en una voz que no era ni cruel ni amable. Su acento era desconocido, su cadencia era sencilla y veloz. “Te ha corrompido. El cambio será peor de lo que puedas imaginarte”.

Sostuvo un vial pequeño lleno de agua verde azulado sobre ella y lo destapó. Entre la neblina, entre la oscuridad, sus movimientos parecían fluidos y lentos a la vez. “Puedo brindarte la paz”.

Quería asentir. Pero querer no era suficiente para que pasara.

“O puedo brindarte tiempo. Años. Décadas. Quizás hasta más”.

El cuerpo de Alodie se sentía como si estuviera flotando hacia un lugar lejano. Apenas podía escuchar sus palabras. Pero le llamaron la atención.

Continuó, su tono elevándose. “No será fácil. Entrenarás y cazarás. Y morirás como un monstruo, uno incluso más maldito que el que tomó tu vida. Tu final no mejorará sin importar el mal que hayas eliminado, el bien que hayas hecho”.

El bien que hayas hecho. Trato de encontrar a Linn a su alrededor. Fracasó.

Palabras urgentes hicieron que se paralizara. “Si deseas despertar con esta vida, entonces júralo. Júralo por tu sangre”.

Alodie no podía hablar. No podía moverse. Dejó que sus ojos le respondieran por ella.

El ritual fue apresurado. Cánticos y abluciones a partir del vial, la oscuridad de la cueva hundió sus dedos en los ojos de Alodie como si estuviera viva. Regreso y perdió la consciencia, habló, escuchó, solo recordó fragmentos.

Hasta pararse le tomó esfuerzo, pero aún así se paró. Respiró. Lamió sus dientes con su lengua. Normal. Sintió su propio pulso. La sangre aún latía. Miro al hombre de cabello largo que se sentaba con las piernas cruzadas a corta distancia de ella.

Entre ellos había un pequeño charco de rocío. Alodie se dio cuenta de que podía ver en la oscuridad. Naturalmente, como ya lo había hecho muchas veces, revisó su reflejo.

La herida en su garganta ahora era una puntada desagradable. Sus ojos brillaban como la luz a través de un rubí. Estaban rodeados de venas pequeñas del color de la tierra de cementerio.

Sintió una punzada de cambio irreversible y la dejó ir. Lo primero que necesitaba era vivir. Lo segundo...

Linn se sentó como si la hubieran arrastrado. Sus brazos colgaban inertes a sus costados. Su cara estaba pálida. Espinas atravesaban la piel de su cuello y brazos. Un sonido gutural y salvaje salió de su garganta.

De alguna forma, Alodie se sentía más débil que nunca.

“Lo que me hiciste a mí”, Alodie le dijo a Zebediah, tartamudeando, “también hazlo con ella. Tienes que hacerlo.”

Zebediah negó con la cabeza. “Ella ya ha progresado demasiado. Pronto se convertirá en una sirvienta del vampiro. Lo siento. Solo tenía tiempo suficiente para una de ustedes.”

Todo lo que le quedaba a Alodie era el bien que pueda hacer. Él se lo había dicho. Él lo había hecho una promesa.

“Si . . . Si matamos al vampiro, entonces ella . . .” Su voz sonaba más ronca de lo que recordaba, como si su garganta no hubiera sanado de forma correcta.

Zebediah la interrumpió. “Una vez que el cambio deje sus raíces no hay manera de detenerlo”.

Alodie se sentía enferma. Las lágrimas salieron de sus ojos por su cuenta, la misma gotera inútil que siempre fueron.

“¿Por qué yo? ¿Por qué no la escogiste a ella?”

Zebediah desvió su mirada. “Nuestro camino es uno difícil y debes saber quién

eres para poder caminarlo. Si te olvidas a ti misma, por tan siquiera un momento, no habrá forma de regresar.” Había una mirada lejana en sus ojos mientras volvía a verla. “Puedo sentir aquella resolución dentro de ti. Tú, por lo menos, tienes una oportunidad.”

Ella caminó al lado de Linn, quien se retorció como los cuerpos de marioneta en el carruaje. Tratando de acercarse a Alodie con brazos y piernas que no seguían sus instrucciones. Haciendo sonidos que no podían considerarse palabras.

Alodie la miró a los ojos, vio sus pupilas mientras están se volvían rojas y se esparcían eclipsando la parte blanca.

Linn no podía responderle. Y no valía la pena decir algo que solo ella escucharía.

El pañuelo suntuoso azul y dorado alrededor del cuello de Linn estaba manchado y era irreconocible. Alodie lo desenvolvió lentamente, lo puso sobre su cabeza y lo envolvió alrededor de su propio cuello, cubriendo la cicatriz. Su propio recuerdo.

Devolvió su mirada hacia Zebediah. No para cuestionarlo. Para aceptar. Él le dio su lanza.

Alodie apuntó la lanza hacia el corazón de Linn. Esperó a que hubiera algún tipo de reacción. Para que apareciera la confianza en los ojos de Linn. Misericordiosamente, no pudo verla.

Confianza.

Cerró sus ojos y permitió que sus instintos la impulsaran.

